

# Ángeles del abismo

## Jesús Ferrero

### I. La ansiedad del seductor

#### 1

Sueño que vuelvo al jardín de los Guridi. Allí están todos los amigos de ayer, tendidos sobre la hierba, a la sombra de un tilo, allí están de nuevo. En la mecánica traslúcida del sueño, el lugar parece tan idéntico a como ha sido que dudo del paso del tiempo: de pronto, nada me aleja de aquel jardín, de sus árboles fraternales y de la yedra que cubre los muros que nos separan de un mundo devastado, lleno de fábricas humeantes. La yedra trepa también por la fachada de la casa y se extiende por el cercado de los cipreses y el suelo del jardín, alcanzando la piscina, que parece un rectángulo de cielo líquido en el centro de una dimensión verde y húmeda. La tarde es de un sosiego aplastante hasta que Valentín, Jonás y Hans se arrojan a la piscina. Caen como cuchillos y sus cuerpos brillan un instante antes de sumergirse en el agua.

Sus saltos han sido un estallido de luz segando de un tajo la inmovilidad del verano y hace que de repente todo me parezca animado. Noto la leve agitación de los árboles mecidos por la brisa y veo las chicas que surgen con sus bicicletas al fondo del sendero que parte en dos el jardín.

Durante unos instantes las chicas desaparecen pero sus risas atraviesan arboledas y torrenteras, y llegan hasta mí más frescas que el agua. Son Violeta, Edurne y Marta, que ahora dejan sobre la hierba las bicicletas. Después se quitan las faldas y las camisetas y se arrojan a la piscina.

Los miro a todos con los ojos casi cerrados y por un momento me parecen enloquecidas truchas. Luego sus movimientos se serenán, se adensan, se hacen más estéticos y más elásticos. Vuelvo a percibir la tarde como un reino de una tranquilidad inquebrantable y decido no arrojarme al agua y disfrutar del calor que me envuelve como una presencia inmensamente amable.

No tardo en notar gotas sobre mi espalda. Me doy la vuelta y veo a Violeta agitándose el pelo. Sus tetillas agudas muestran apenas sus pezones rojos entre la tela del sostén y su risa es una caricia de fuego.

En esos instantes de extraña comunión con los placeres

más amables de la vida no se me ocurre pensar que va a ser nuestro último verano juntos en aquel jardín. Por eso siempre que recuerdo esa tarde pienso que no debiéramos ser mezquinos cuando vemos a alguien feliz, pues la dicha nunca dura lo que debiera durar y no será mucho el tiempo en que la sintamos vibrar bajo el sol de julio.

Violeta se sienta a mi lado.

—¿No vas a bañarte?

Le contesto que me basta con verla mojada para sentirme fresco. Sonríe y me pregunta en qué estoy pensando.

—En el verano, sólo en el verano. ¿No te gustaría vivir en un lugar donde siempre fuera verano?

Me mira con cierto asombro y murmura:

—Hablas como si te fueses a marchar.

—¿A dónde?

—A cualquier parte.

Violeta me da un beso fugaz en la mejilla. Me quedo sumido en la gloria mientras ella se tiende a mi lado. Diríase que la pereza habita la sustancia más íntima del aire. ¿Violeta ya está dormida? Lo está. La miro y oigo los gritos de mis amigos como si llegasen desde muy lejos. Por primera vez en mi vida experimento una sensación de distancia que me asusta y apreso el brazo de Violeta, pero no consigo despertarla. Sí que lo consigue sin embargo su hermano Valentín, que acaba de llegar muy mojado y se tiende sobre ella.

Violeta se agita, se libra de él y le acusa de ser un pesado.

—¿Pesado yo? Todo el mundo sabe que soy más ágil que un gato, y más ligero.

—Todo el mundo lo sabe —murmura Violeta. Valentín continúa:

—Yo podría pasar por la vida sobrevolando el suelo.

Lo digo con toda sinceridad. Podría hacerlo si me lo propusiera, aprovechando la aceleración de mi cabeza, pero prefiero parecer como los demás. Es mucho más cómodo.

—Me subyuga tu humildad —digo.

—¿Lo ves? —exclama. Luego mira a su hermana y murmura con una voz más teatral todavía—: Te juro, Violeta, que si no fueses mi hermana hubiese hecho un pacto con el diablo para llegar a tus huesos.

—Estás loco.

—No más que este mentecato que velaba tu sueño, y no más que tú, supongo.

Llegan los demás. Se interrumpe la escena que Valentín ha tenido a bien representar con nosotros y empieza

a cantar imitando la voz de un tenor.

El sol sigue apretando, el calor resulta cada vez más sofocante. Mientras los demás hablamos, Violeta se pierde en el bosque. La sigo mientras su hermano entretiene al resto contándoles algo que ha leído en el periódico.

Al fondo, entre las peñas del río y los retorcidos árboles, se ve un grueso tubo de hierro ferruginoso que ni se sabe de dónde viene ni hacia dónde va, pues lo cubren a un lado y a otro los helechos. Dejo atrás el tubo y la pradera encharcada y avanzo entre los robles hasta que la veo, de espaldas ante el arroyo que desemboca en el río, ya cerca del puente japonés. Es la imagen más definitiva de Violeta en aquel tiempo, la que más cristaliza en mí. Oculto entre los avellanos, la veo desnudarse creyéndose sola, moverse creyéndose sola. Incluso la veo orinar junto al arroyo y luego hundirse en sus aguas, más frescas que la de la piscina y más saludables. Sus pezones endurecidos por el agua fría, sus labios morados, sus ojos, tan vivaces y a la vez tan melancólicos, su temblor la hacen a mis ojos más real que nunca.

Violeta sale del agua, se pone los pantaloncitos del bikini y se tiende en la hierba. Ya estoy decidido a dejarme ver cuando aparece Valentín.

—¿Qué haces así? —pregunta al verla sin sujetador.

—¿Por qué no te esfumas? —murmura ella.

—Ah, ya entiendo, te estabas mostrando para él.

—¿A quién te refieres?

Violeta se incorpora y se da la vuelta mientras se cubre los senos con las manos. Al verme ruborizado, los dos hermanos se echan a reír.

—No soporto cuando os reís a la vez, parecéis dos burros pretenciosos —les digo.

Su risa cesa de golpe y me miran ofendidos. Siempre que por instinto defensivo empleo palabras que resquebrajan su condición de excelentes detecto en ellos esa mirada que más que herirme me excita.

## 2

Dos horas después la pereza continuaba presidiendo el día. Desde la terraza del porche volví a observarlos a todos, ya vestidos y dispuestos a salir.

Veía a Violeta a mi lado, sus labios carnosos que decían bésame, sus piernas, su minifalda blanca y prieta, sus ojos más negros que la noche. Veía a Edurne: sus

cabellos casi albinos, su piel casi transparente, y sentada junto a ella a Marta, la más menuda de las tres y la más taimada, que poseía sin embargo dos hermosos ojos grises, tan huidizos como sus gestos.

A su derecha, veía también a Cándido, que estaba hablando con ellas y, algo más alejados, y sentados sobre tres sillas de hierro, a Valentín, Jonás y Hans. Más tarde hacíamos todos cola ante la taquilla del cine Zelai. Formábamos una piña, bajo las luces de neón, como si nos protegiésemos de la extrañeza del mundo más que del aire fresco de la tarde. Y cuando, tras la película, salíamos a la calle y el viento agitaba los ennegrecidos árboles y barría la ennegrecida plaza bajo la dulzona y espesa placenta de la noche, notábamos en el aire la latencia de un calor inexplicable, que era y no era el del amor, y que nos dejaba asombrados ante nosotros mismos.

Aún no habían dado las once cuando nos despedíamos junto al quiosco del parque y cogíamos cada uno un camino diferente, salvo Valentín y Violeta.

En mi recuerdo los veo perderse a los dos, tan sólo tres meses después de aquella tarde en la piscina. Caminan hasta el fondo de la calle Urola, que es la única que desciende hasta el río, y no van a la par. Violeta va la primera, a paso más bien ligero, mientras Valentín, que no parece tener tanta prisa, se va rezagando.

Violeta optará por esperarle junto al río y luego tomarán el camino, a ratos escalonado, que cruza el bosquecillo de alisos.

Acaban de dejar atrás el camino cuando Violeta vuelve a apresurar el paso.

—¿Por qué corres? —pregunta su hermano.

—Son casi las doce.

Violeta se pierde al fondo del camino y Valentín enciende un cigarrillo, se oculta tras los árboles e intenta tranquilizarse. Su cabeza está llena de imágenes eléctricas que nada puede borrar. Le ocurre desde hace días, y desde hace días tiembla en silencio.

Valentín tira el cigarrillo al suelo de grava, gira la cabeza y entonces ve la sombra.

Y la sombra se convierte en hombre verdadero. Allí está otra vez Diago, que se acerca a él sin decir una sola palabra, lo arrincona contra el tronco de un haya y muerde sus labios. Luego lo arrastra hasta la caseta del guardabosques, que permanece abandonada desde que su morador desapareciera de la comarca, y empieza a desnudarlo con precipitación.

Valentín se pliega a las manos del aparecido, se deja

moldear por ellas mientras su mente arde con el mismo fuego que siente en la piel. Hasta hacía unas semanas, casi no sabía lo que era tocar un cuerpo y, de pronto, se ha convertido en el objeto de una pasión descarnada. Se deja dominar, se deja estremecer, y a veces piensa en la muerte.

La brisa sube desde el río. En la oscuridad aplacada por la luna, los árboles se estremecen a intervalos irregulares, como ellos en la cabaña del guardabosques, que huele a heno y a fiebre. Desde la casa de los Guridi llegan, muy apagados, el sonido de la televisión y la voz de don Salvador. Quizá don Salvador está preguntando por Valentín y se acerca a la ventana y mira hacia el jardín, el más grande del lugar, el más hermoso y el más oscuro, pero no se impacienta y piensa que su hijo estará fumando un cigarrillo a escondidas. Cierra la ventana, se acerca a Violeta y mira un rato la televisión. A medio kilómetro de allí, en la caseta del guardabosques, ha concluido la ceremonia. Valentín se alisa los pantalones y no quiere mirar a Diago, que le acaricia el pelo y susurra:

–Vete ya, Valentín. No tentemos al diablo.

Imagino a Valentín perdiéndose entre los árboles y cruzando más tarde el puente japonés que une las dos partes del jardín, ya cerca de casa. Está ausente y desconcertado. La noche es más larga para él que para los demás, y es una noche en llamas.

Y también imagino a Diago dejando atrás el bosque y respirando agitadamente el aire de olor a hierro. Sus pensamientos son agudos y al mismo tiempo confusos, en el límite de lo comprensible y a la vez elementales. Ideas como agujas que se cruzan y que apuntan a algo que está siempre ahí, en un lugar del cerebro donde no existe el tiempo y todos los espacios son territorios del deseo.

Diago tenía treinta años cuando irrumpió en nuestras vidas, si bien no los aparentaba, y contaban que había pasado más de un lustro en París. También decían que antes de llegar a nuestra localidad había estado un año en Biarritz, otro en San Sebastián y otro en Zarauz, lo que lo convertía en un hombre de naturaleza errática que o bien no encontraba su lugar, o bien no quería encontrarlo, o bien lo que buscaba no era de carácter territorial.

Muy de mañana se le veía paseando por el manzano del colegio, en cuyo centro se hallaba la residencia de profesores: una casa de aspecto inglés donde tenía su habitación. Solía llevar pantalones grises y chalecos de

lana de color granate, combinados con corbatas de colores pálidos y zapatos negros y brillantes. Los que así vestido lo veían pasear entre los manzanos, con un libro en la mano y sin tropezar jamás, podían pensar que se hallaban ante el lector ideal, y tendían a mitificarlo. Era muy afable, según decían los que habían entrado en contacto con él, y su mirada clara indicaba claridad interior y sosiego. Además, traía con él un cierto olor a Francia y parecía muy observador. Tenía el pelo negro y brillante, los ojos azules, la boca bien dibujada, y podía mostrar una sonrisa de una amabilidad exquisita. Como detalle curioso se decía que era amante de los pájaros y que tenía algunos canarios en su cuarto, a los que cuidaba con un mimo extraordinario y con los que tenía una relación de una intimidad que asombraba. También se decía que era un buen lector: estaba leyendo a Proust, escritor que nos resultaba entonces completamente desconocido y al que sólo accedían los muy afrancesados.

Con él la danza comenzó enseguida, la verdadera danza en la que se pone en juego el deseo y la vida, quiero decir. Probablemente otras veces, en otros lugares, también había comenzado enseguida.

Diago se acercaba en los recreos a los más hermosos y a los más frágiles; los envolvía con su mirada de hermano mayor, analizaba su indumentaria, leía la tragedia de la cara, si la había, y solía haberla muchas veces, y empezaba a actuar. Podía aproximarse por igual al hijo de un obrero y al de un médico, si bien parecía sentir cierta preferencia por los muchachos tras cuya sonrisa se presentía dinero. Por otra parte, solían ser los más guapos y los mejor vestidos.

Y sus acercamientos se llevaban a cabo en esos intervalos vacíos de los que está lleno el día, en esos instantes en los que el tiempo parece ajeno a nuestra vida y nuestra vida ajena al tiempo, cuando no pensamos en nada y casi somos nadie, con la mente en suspenso y la vida en suspenso. En esos tiempos inertes, en las esquinas de las horas, en las esquinas de la vida, se acercaba a ti y comenzaba a elogiarte con una voz suave y convincente.